

# VII domingo del Tiempo Ordinario

---

- **Lev 19, 1-2. 17-18.** Amarás a tu prójimo como a ti mismo.
- **Sal 102. R.** El Señor es compasivo y misericordioso.
- **1 Cor 3, 16-23.** Todo es vuestro, vosotros de Cristo y Cristo de Dios.
- **Mt 5, 38-48.** Amad a vuestros enemigos.

## 1. ¿Qué dice la Palabra?

Mateo escribe para judíos que se han convertido al cristianismo y están en el exilio. Su interés es insistir en que han de ser fieles a Jesús y también ser fieles a la Ley de Moisés, ya que en Cristo se encuentra el pleno cumplimiento de la Ley Antigua. Sin embargo, Jesús va un poco más allá, porque nos lleva a una adhesión diferente al cumplimiento de preceptos externos. Jesús reconduce la Ley a su autenticidad recuperando su verdadera intención y llevándola a su plenitud: «se os ha dicho..., pero yo os digo».

Jesús se refiere a la llamada “ley del Talión” que equipara el castigo al daño producido. Ésta estaba basada en una venganza, pero Jesús abre una nueva etapa en la evolución de los comportamientos. En el centro de todo este relato está Jesús, como el gran mediador de la humanidad que nos enseña por qué no hay que poner resistencia, o dar la otra mejilla, o dar el manto al que pidió la túnica. También lo de acompañar más tiempo del que han pedido o no esquivar al que pide prestado. En el fondo, Jesús es quien cumple todo esto. En Él se encarna la voluntad del Padre que tiene como único objetivo la caridad, es decir, el amor más grande que supera toda la justicia.

La superación máxima en la escala del amor es “amad a vuestros enemigos y orad por vuestros perseguidores”. Tal vez es de los puntos más novedosos del mensaje de Jesús. No es sólo una doctrina sino un nuevo comportamiento, una actitud radical de vida que se distingue de los que cumplen normas y no viven de acuerdo a estas.

La cumbre de este texto está justo al final: Ser perfectos como el Padre es perfecto. Jesús indica que la perfección del amor está en el perdón. Es el Padre quien de una manera totalmente inesperada ama y perdona a la humanidad entregando a su Hijo que lleva esta Ley hasta su máxima consecuencia: Amar sin límites y perdonar sin límites. Todo este texto tiene por sujeto a Jesús, y una invitación a que siendo sus discípulos lo imitemos.

## 2. ¿Qué nos dice Dios en la Palabra?

Antes de la pregunta pongámonos la mano en el corazón y preguntémosnos: ¿cuántas veces yo me quedo con la ley antigua, prefiriendo la justicia de la restitución del mal cometido?

- En mi vida personal, muchas veces más que la justicia tiendo hacia la venganza ¿Será eso lo que Jesús me está pidiendo?

- ¿Podrías identificar a aquellos que te hacen pleitos, que te abofetean (de tantas formas), los que te piden que los acompañes, que les apoyes inclusive económicamente? ¿Qué actitud cambiarías desde ahora frente a estas situaciones?
- Todas las personas tenemos a otros que se oponen a nuestros planes. A algunos los consideramos enemigos ¿qué nos pide Jesús ante ellos? ¿Podría también identificarlos?
- ¿Somos amables con todos, incluso con los que no van a la Iglesia? ¿Hacemos atractivo el seguimiento de Jesús, por nuestras actitudes de comprensión, cariño, etc.?
- ¿Soy consciente que mucha gente no se acerca a la Iglesia por las actitudes nuestras o mías en particular?
- ¿Qué hago para ser perfecto?

### 3. ¿Qué le decimos a Dios?

Señor Jesús, gracias por tu palabra. Gracias por tu testimonio que acompaña tu palabra. Quiero ser tu discípulo, Señor. Pero me doy cuenta que estoy muy lejos de vivir de acuerdo a lo que me pides. Yo sé que para Ti no hay nada imposible. Pongo ante Ti mi corazón, ese corazón que a veces busca venganza, justicia, cumplir la ley. Ayúdame Señor a ser misericordioso, que siempre tenga presente esto como prioridad. Que entienda que ser tu discípulo no es sólo conocer tu doctrina, sino imitarte en todo. Ayúdame a cambiar mi corazón de piedra por un corazón misericordioso. Y que nunca sea piedra de escándalo para los demás, sino un humilde servidor tuyo.

### 4. La voz del Papa Ángelus 16/2/2020

**Queridos hermanos y hermanas: ¡buenos días!**

En el Evangelio de este domingo (Mateo 5, 38-48) —una de esas páginas que mejor expresan la “revolución” cristiana— Jesús muestra el camino de la verdadera justicia mediante la ley del amor que supera la de la venganza, es decir «ojo por ojo y diente por diente». Esta antigua regla imponía infligir a los trasgresores penas equivalentes a los daños causados: la muerte a quien había matado, la amputación a quien había herido a alguien, y así. Jesús no pide a sus discípulos sufrir el mal, es más, pide reaccionar, pero no con otro mal, sino con el bien. Solo así se rompe la cadena del mal: un mal lleva a otro mal, otro lleva a otro mal... Se rompe esta cadena de mal, y cambian realmente las cosas. De hecho el mal es un “vacío”, un vacío de bien, y un vacío no se puede llenar con otro vacío, sino solo con un “lleno”, es decir con el bien. La represalia no lleva nunca a la resolución de conflictos. “Tú me lo has hecho, yo te lo haré”: esto nunca resuelve un conflicto, y tampoco es cristiano.

Para Jesús el rechazo de la violencia puede conllevar también la renuncia a un derecho legítimo; y da algunos ejemplos: poner la otra mejilla, ceder el propio vestido y el propio dinero, aceptar otros sacrificios (cf vv. 39-42). Pero esta renuncia no quiere decir que las exigencias de la justicia sean ignoradas o contradichas; no, al contrario, el amor cristiano, que se manifiesta de forma especial en la misericordia, representa una realización superior de la justicia. Eso que Jesús nos quiere enseñar es la distinción que tenemos que hacer entre la justicia y la venganza. Distinguir entre justicia y venganza. La venganza nunca es justa. Se nos consiente pedir justicia; es nuestro deber practicar la justicia. Sin embargo se nos prohíbe vengarnos o fomentar de alguna manera la venganza, en cuanto expresión del

odio y de la violencia. Jesús no quiere proponer una nueva ley civil, sino más bien el mandamiento del amor del prójimo, que implica también el amor por los enemigos: «Amad a vuestro enemigo y rogad por los que os persiguen» (v. 44). Y esto no es fácil. Esta palabra no debe ser entendida como aprobación del mal realizado por el enemigo, sino como invitación a una perspectiva superior, a una perspectiva magnánima, parecida a la del Padre celeste, el cual —dice Jesús— «que hace surgir su sol sobre malos y buenos, y llover sobre justos e injustos» (v. 45). También el enemigo, de hecho, es una persona humana, creada como tal a imagen de Dios, si bien en el presente esta imagen se ve ofuscada por una conducta indigna.

Cuando hablamos de “enemigos” no tenemos que pensar en quién sabe qué personas diferentes y alejadas de nosotros; hablamos también de nosotros mismos, que podemos entrar en conflicto con nuestro prójimo, a veces con nuestros familiares. ¡Cuántas enemistadas en las familias, cuántas! Pensemos esto. Enemigos son también aquellos que hablan mal de nosotros, que nos calumnian y nos tratan injustamente. Y no es fácil digerir esto. A todos ellos estamos llamados a responder con el bien, que también tiene sus estrategias, inspiradas en el amor.

La Virgen María nos ayude a seguir a Jesús en este camino exigente, que realmente exalta la dignidad humana y nos hace vivir como hijos de nuestro Padre que está en los cielos. Nos ayude a practicar la paciencia, el diálogo, el perdón, y a ser así artesanos de comunión, artesanos de fraternidad en nuestra vida diaria, sobre todo en nuestra familia.